

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

*Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.*

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—La Caña (poesía), por don G. Nuñez de Arce.—La Reina y las Pastoras (conclusion), por doña Joaquina García Balmaseda.—Cristóbal Colon, por don Florencio Janer.—Revista de Madrid, por don J. A. Viedma.—Modas.

## INSTRUCCION.

### ESTUDIOS HISTÓRICOS.

#### RUTH.

ROBO DE LAS DONCELLAS DE SILO.—CONSIDERACIONES A LA HISTORIA DE RUTH.—HAMBRE.—CARIÑO DE RUTH.—SU POBREZA.—BOOZ.—SU CASAMIENTO CON RUTH.—VENTURA DE ESTA Y DE NOEMI.—GENEALOGIA DE RUTH.



A historia nos presenta aquí el hecho que repitieron los primitivos romanos robando á las sabinas.

La guerra que promovieron los vengadores de la mujer del levita de Efraim, dejaron tales vacios en la tribu de Benjamín, que los pocos que quedaron tuvieron que proporcionárselas, y aun así quedaron doscientos que no tenían mujer, y les dijeron los mas ancianos:

—Id y escondéos en las viñas, y cuando veais salir á las doncellas de Silo á formar sus danzas, segun costumbre, salid de repente de las viñas, y robad cada uno la suya para mujer, y marcháos á la tierra de Benjamín.

Así lo ejecutaron, y volvió á crecer esta tribu.

Pero sepáremos la vista de los acontecimientos que tuvieron lugar, de tan graves escenas, para llevarla á

sucesos mas tranquilos, mas dulces, mas peculiares de la mujer. Varnos á ocuparnos de Ruth, cuya notable historia ha querido Dios llene un libro particular.

No hallaremos en la de esta mujer célebre esa lucha de pasiones encontradas, de ambiciones, de intereses; no conmoverán nuestro ánimo esos grandes y ruidosos acontecimientos que promueven guerras, que perturban los Estados y que dejan en pos de sí un recuerdo de dolor y de lágrimas en los anales de la humanidad; pero si veremos en Ruth la verdadera mision de la mujer; la bondad, la dulzura, la paz y la verdadera felicidad doméstica, esa dicha que se trasmite á todo cuanto la rodea; porque en efecto, es en la familia donde se encuentran los manantiales de ventura de la sociedad; en la familia, que no se sostendría sin el mútuo afecto de sus miembros. Por eso nos ha hecho Dios querido y sagrado el hogar doméstico, y ha derramado en nuestro corazón y mezclado en nuestra sangre, la piedad filial y la ternura fraternal.

«La dulce imagen de un padre, las caricias y los besos de una madre, los largos dias de la infancia, deslizándose bajo las amigas é incomparables miradas de un hermano y de una hermana, todos estos recuerdos que acompañan al hombre hasta la tumba, alimentan su espíritu, dominan sus pasiones, le regocijan en medio de las vicisitudes, y le quedan en el infortunio como un consuelo supremo. Sentimientos tranquilos, virtudes despojadas de ese fulgor que se reconcentra con un carácter mas poético en los pueblos jóvenes, pero que deben reconcentrarse igualmente en los pueblos adultos, so pena de dejar la vida humana sin encanto, la familia sin lazos, la nacion sin fuerza.»

Magníficas líneas que espone un historiador sa-



grado, demostrando sublimes máximas, y que sirven de adecuada introducción á la historia de Ruth, la mujer virtuosa que tuvo la gloria inmarcesible de contar entre sus descendientes á Jesus y á David.

En tiempo de los jueces sobrevino al país de Betlehem una gran hambre, que obligó á Elimelech á abandonar su patria, yéndose á tierra de Moab con Noemi su mujer, y dos hijos; pero mueren éstos, y el padre y Noemi vuelven á Betlehem con Ruth, su nuera, que no la quiso abandonar, á pesar de esponerla Noemi su miseria.

—Véte, véte con tu hermana Orfa, á la casa de tus padres, y no padecerás las privaciones que conmigo.

Pero Ruth la contesta:

—No me invites á que me marche y te abandone; porque á cualquier parte que vayas iré contigo; donde vivas viviré: tu pueblo será mi pueblo: tu Dios será mi Dios. En la tierra que tú mueras, quiero morir y tener en ella mi sepultura.

Veía á Noemi pobre, desvalida, anciana, y quiere ser su amparo, aunque era también pobre, pero era joven. ¡Alma noble y delicada, llena de piadosos sentimientos! Ama á Noemi, la compadece, y no teme arrastrar con ella la pobreza.

A tal punto llegó ésta, que Ruth, para no carecer del alimento necesario, se ve obligada á espigar en el campo de Booz, que se compadece de su infortunio, la recibe con agrado, y la proporciona granos y agua, que allí era de mucha estima.

Pasa Ruth todo el día en el campo, y por la noche corre alborozada, por llevar á su suegra un poco de mies y los restos de su frugal comida. Entonces sabe que Booz es su pariente, y Noemi la aconseja que se ponga á sus pies para que la tome por esposa.

Al saber Booz los antecedentes de Ruth, al conocer sus virtudes, y al ver su noble proceder para con su suegra, la ofrece ser su esposo, si algún pariente más inmediato no la reclamaba. Así vé premiado su noble comportamiento.

La cita ante los ancianos de la ciudad, y renunciando el derecho de parentesco, queda Booz en libertad de tomar á Ruth por esposa, y entrar en la herencia de su anterior marido.

Se casa, y tiene un hijo llamado Obed, que fué padre de Isai y abuelo de David; siendo esta la genealogía de Jesucristo.

Rodean á Noemi las mujeres y la dicen:

—Bendito sea el Señor, que no ha permitido que tu familia quedase sin heredero, y ha querido que tu nombre se conserve en Israel. Ahora tendrás uno que consuele tu alma y sostenga tu vejez; porque ha na-

cido un hijo de tu nuera que te ama, y vale ella para ti más que siete hijos.

—¿Qué mayor satisfacción podía experimentar Noemi? ¿Qué podía decirse que enalteciese más á Ruth, si atendemos también á que entonces como ahora, no eran las suegras y las nueras las personas que comunmente suelen amarse más en las familias?

Con el ejemplo de esta mujer admirable quiso Dios enseñarnos, según observa un santo escritor (1), que él no considera en los hombres, ni su raza, ni la santidad de sus padres, sino solo su virtud y la santidad de sus corazones.

Una doncella moabita, hija de padres idólatras, pobre, merece, sin embargo, por la pureza de sus costumbres, el más alto honor que podía recibirse sobre la tierra, el de entrar en la genealogía del Salvador, y llegar á ser la abuela de Jesucristo. Con arreglo á la ley no podía pensar un judío en casarse con una moabita, y sin embargo, esa mujer muestra tanta fé y virtud, que no solamente un judío cree poder casarse con ella, sino que el mismo Jesucristo se digna nacer de ella, y llega á ser hijo suyo como llega á serlo de David.

El pincel y el buril han reproducido también en mil formas la imagen de Ruth. Su historia la escribe Florian en su poema con delicadísimos rasgos: otros muchos poetas la han cantado.

Nosotros la presentamos á la juventud como un envidiable ejemplo, como un modelo digno de imitarse; porque en su vida se encuentra todo lo más generoso y más tierno que puede abrigar un alma virtuosa, todas las dotes que constituyen la felicidad doméstica, fuente de ventura para el encanto de la sociedad humana.

A. PIRALA.

## LITERATURA.

### LA CAÑA.

¿Quién como yo? Decía  
la cañaheja vana,  
que al impulso del viento  
en la margen del río se agitaba:  
Ni aun con el aura leve  
empeño yo batallas,  
que doblándome humilde  
á las brisas adulo cuando pasan.

(1) San Ambrosio.



Por eso en vez de herirme  
 suavísimas me halagan,  
 como el tranquilo río  
 que mis raíces fecundiza y baña.  
 Lejos de mí el orgullo  
 de la encina empinada,  
 que apenas presta asilo  
 al cefirillo entre sus verdes ramas.  
 Así vivo dichosa  
 mirándome en las aguas,  
 y tengo por sistema  
 ser del viento que sople, venga ó vaya.—  
 Esto decia, cuando  
 con furia desatada  
 el huracan tremendo  
 desplegó por la atmósfera sus alas.  
 La vigorosa encina  
 sufrió su choque impávida;  
 pero partida y rota  
 por la raíz, se desgajó la caña.  
 La adulacion no vive  
 segura con su infamia;  
 cuando está mas tranquila  
 cambia de giro el viento, y la quebranta.

G. NUÑEZ DE ARCE.

## LA REINA Y LAS PASTORAS.

(Conclusion.)

VIII.

*Historia de una reina de Francia.*

Le lis, plus noble et plus brillant encore,  
 lève sans crainte un front majestueux,  
 paisible roi de l'empire de Flore  
 d'un antre empire il est l'emblemme heureux.

Parny.

La presencia de la reina hizo renacer la esperanza  
 en el fondo de los corazones de Maravilla y Amapola.

La reina era hermosa y jóven como ellas: su elevada estatura, su flexible talle, su interesante palidez, y sus ojos de una dulzura inesplicable, daban á su persona un aspecto encantador. Era imposible verla y no sentirse inclinado á amarla.

Las dos zagalas, vertiendo amargo llanto, se echaron á sus piés, besando el extremo de su largo traje blanco.

La reina las hizo levantar con bondadoso ademan, y las preguntó la causa de sus lágrimas.

—El señor Marqués quiere por fuerza hacerme su esposa.

—Se me obliga á que dé mi mano al Alcalde; respondieron á un tiempo Maravilla y Amapola.

La reina paseó su mirada desde las muchachas á los dos viejos y se sonrió.

—Seguidme, dijo á las dos niñas, y determináremos. Que no se diga que la reina de Francia ha visto derramar lágrimas á su paso sin tratar de enjugarlas.

—Entonces la comitiva se puso en marcha, y los aldeanos la seguian llenando el aire con sus aclamaciones, y entonando canciones de circunstancias, que leemos hoy en los romanceros de aquella época.

Flor de Lis tenia en aquellos contornos un sitio real, mansion de placer, donde solia ir algunas temporadas á descansar de los cuidados del trono: mandó á las dos pastoras que la siguieran allí.

Antes de retirarse á sus habitaciones reservadas hizo que se la presentasen el marqués y el alcalde. En lugar de recibirlos con la dureza que merecian, les dió una corta reprension, mas bien amistosa que severa, demostrándoles los peligros de los enlaces desiguales, y haciéndoles ver cuán criminal es emplear la violencia en materias de amor. Concluido el discurso, añadió, que en atencion á que habian dispuesto casarse, les permitia escoger esposa entre las damas de su servidumbre, á las que ella dotaria. La mas jóven de aquellas señoras contaba ya sus diez lustros.

Terminado este acto, se retiró á otra habitacion donde la esperaban las dos jóvenes.

Una vez solas las tres, la reina se quitó su diadema, su velo, y su escarcela, con el escudo de flores de lis bordado en oro. Conservaba, sin embargo, tal aire de magestad, que las pastoras no se atrevian á levantar los ojos del suelo, poseidas de aquel respeto con que se mira á los grandes de la tierra.

Flor de Lis, que se divertia con su turbacion, fué la primera que rompió el silencio.

—¿Qué es eso, amigas mias, acaso no me reconocéis?

A estas palabras Maravilla y Amapola levantaron la cabeza. Un presentimiento secreto, una idea súbita, rápida como un relámpago, cruzó de repente su imaginacion.

—La Azucena! exclamaron ambas á la vez.

—La misma, contestó la reina, que ha reconocido bajo el traje de pastoras á sus dos hermanas. Las flores debemos prestarnos mútuo apoyo en la tierra. Cuán dichosa me considero en haber llegado á tiempo de poderos salvar de los intentos temerarios de esos decrepitos pretendientes.



—Las tres flores se contaron entonces lo que les había sucedido desde su salida del jardín de Flora. Maravilla y Amapola se extendieron largamente, pintando la dicha de ser amadas por zagales tan apuestos y leales como Lucas y Blas.

—Amadas! suspiró la reina, qué dicha tan grata si fuera cierta!

Amapola y Maravilla no hicieron alto en esta exclamación, atentas solo á cumplimentar á Flor de Lis por la brillante posición y elevado rango que ocupaba en el mundo.

—No os apresureis á felicitar me: aguardad para ello que os haya contado mi historia.

Hace muchos años, ya casi no me acuerdo, vivía yo en un antiguo castillo, situado en un bosque solitario en las deliciosas márgenes del Guadalquivir. Me levantaba con la aurora á saludar la venida del astro del día: seguía por la tarde mi vista hasta su ocaso, pareciéndome que su partida se llevaba parte de mi vida, y á cada uno de sus rayos que se ocultaba en el horizonte, inclinaba mi cabeza lánguidamente hacia la tierra, falta del principio vivificador que me animaba. Mas tarde el fulgor de las estrellas me devolvía mi vigor: con cuánto placer sentada en mi terrado, sentía temblar las perlas del rocío en mi abrasada frente, en mis lustrosos cabellos! Alguna vez cuando el calor era excesivo, me complacía en pasear por la orilla del río, inclinándome para aspirar la frescura de sus aguas, que me servían de espejo.

Mi única compañía era un Armiño, que se había retirado á vivir lejos del mundo en aquellas soledades, y venía por mañana y tarde á bañar en el río su piel blanca y delicada. La primera vez que me vió me dijo que sentía hacia mí una secreta simpatía: nuestras inclinaciones eran las mismas: teníamos la misma afición á la soledad: el mismo horror á todo contacto vulgar: la misma pureza.

Insensiblemente, yo también llegué á amar al Armiño.

Yo hubiera podido vivir así siempre dichosa, gracias al sol, á las estrellas, al rocío, á la frescura del río, y gracias también, debo confesarlo, á la amistad del Armiño, sábio compañero de mi soledad; cuando un día un viajero extraviado vino á llamar á la puerta de mi castillo. La tempestad era tan violenta, que no pude negarme á concederle la entrada.

El extranjero vestía un traje de cazador, era joven, y su aire noble y franco. Me contó que arrastrado por el ardor de la caza, se había separado sin querer de sus compañeros, y que no habiendo podido encontrar el camino en medio de la tormenta, se había decidido á pedir hospitalidad en mi castillo, sin esperar, añadió, hallar en él tan bella castellana.

Estas palabras me hicieron ruborizar.

Después de haberle hecho preparar algunos refrescos, y todo cuanto podía convenir á su situación, quise retirarme.

—Perdonadme, dijo el extranjero con una voz dulce y penetrante: si me dejais, voy á creer que juguete de una ilusión grata y cruel á la vez, sois una hada que se me apareció en sueños. Si sois mujer quedáos á mi lado.

A mi pesar me quedé.

Cuando nos íbamos á sentar á la mesa se oyó á la puerta del castillo un gran ruido de voces, de caballos, de trompetas y clarines: era la servidumbre de mi huésped, que habiéndole echado de menos, se había puesto á buscarle por todas partes, y acababa de dar con él. El extranjero, hermanas mías, era nada menos que el rey de Francia que viajaba de incógnito.

Al despedirme, puso una rodilla en tierra, y besando mi mano con respeto, me dijo en voz baja:

—Me es forzoso dejaros, noble señora, la mas hermosa entre todas las hermosas, pero yo os prometo volver.

Demasiado pronto cumplió su promesa.

Participé al Armiño, mi confidente, las frecuentes visitas del Rey y sus proposiciones de matrimonio.

—Reflexiona, hija mía, me contestó, que la verdadera grandeza, la verdadera pureza, no pueden existir sino en el retiro. La Azucena, cuyo nombre llevas, te da el ejemplo: no sería tan hermosa si á su belleza no reuniese ese aire de candor y de inocencia que arrebató los corazones.

Esta alusión me avergonzó.—Ignora, dije para mí, que la Azucena, en un acceso de orgullo, quiso dejar de ser flor! Sin embargo, prometí á mi amigo seguir su consejo.

Pero el rey puso tan delicada atención, tan ardiente pasión para convencerme, que al fin consentí en seguirle. ¡Ay de mí! Ya no era flor, era mujer, y no podía menos de participar de la debilidad de mi sexo.

El rey para acabar de convencerme, me encarecía los beneficios que podía dispensar sobre el trono: el placer que se experimenta en hacerse amar. Añadía, que yo no podía menos de ser un ángel bueno, que llevaría la felicidad á su raza. ¿Qué había de hacer? Me dejé coronar.

Adios desde entonces sol, estrellas, perlas del rocío y ondas de la corriente: la etiqueta me avasalla y me siento morir de languidez en medio de mi corte. Mi antiguo amigo el Armiño, á quien he concedido entrada franca hasta mi habitación, no ha querido subir las escaleras de palacio, por no manchar, según dice, la pureza de su manto. Yo, sin embargo, he adoptado este en memoria suya, como emblema de la dignidad real.



El fausto y la grandeza se avienen mal con mi carácter de sencillez: el aparato de la majestad me hace temblar: todo me intimida. Noches pasadas desperté sobresaltada: soñé que veía las azucenas arrastradas por el lodo: tomé un libro para desterrar esta idea, y ví en la historia á una hermosa y jóven reina de Francia conducida al cadalso.

Oh! Cómo envidio aquel tiempo, en que flor sencilla, era el símbolo querido de la inocencia! Entonces se esparcían mis hojas por el suelo al paso de las vírgenes: los ángeles, mensajeros de Dios, se posaban á descansar un momento en mi corola, y después me llevaban en la mano y me presentaban á los hombres como prenda de la buena nueva que venían á anunciarles. Pasaba mis noches contemplando las estrellas, y escuchando entusiasmada los conciertos confusos que se cantan entre las sombras, mientras que ahora...

El llanto embargó su voz.

Amapola y Maravilla para consolarla, le dijeron que exageraba sus penas: que cada situación en la vida tenía sus inconvenientes, y que su desgracia provenía de haber escogido un rango demasiado elevado.

—Si en lugar de ser reina no fueses sino simple pastora como nosotras, añadirían, quizá no te quejarías de tu suerte. Ya en el tiempo en que eras flor pecabas un poco de orgulloso: este defecto te perjudicará siempre, si no procuras corregirle.

Dichas estas razones, las zagalas pidieron á la reina el permiso de retirarse, para ir á sacar de su inquietud á Lucas y Blas. La reina se le concedió con sentimiento, haciéndoles algunos presentes dignos de su grandeza.

## IX.

### *El regreso.*

Conforme las jóvenes atravesaban los salones y patios del palacio, los cortesanos que los llenaban les abrian paso exclamando:

—Qué niñas tan preciosas!

—Qué aldeanas tan encantadoras!

Amapola y Maravilla no volvían la cabeza para escuchar tales piropos, y solo pensaban en volver cuanto antes al lado de Lucas y Blas.

Así que se vieron libres en el campo principiaron á caminar velozmente. Abrazadas las dos pastoras cruzaron con increíble rapidez estensos campos, hollando con sus diminutos piés el mullido césped, despertando con su animado diálogo á la alondra en su nido, y á la rana en las márgenes de los arroyos.

Dé este modo llegaron á la aldea antes de la noche.

Se encaminaron hácia su cabaña, creyendo aun

encontrar en ella á sus zagales, resueltos á morir sin abandonar aquellos sitios queridos.

Poco antes de llegar, llamó su atención un grupo de gente que á un lado del camino daba señales de alegría. Acercáronse las niñas, movidas por la curiosidad, y vieron que lo que aquellas gentes celebraban eran dos bodas: la de Lucas con María, la hija de Pedro el Gordo, y la de Blas con Felipa, la sobrina de Juan el Rubio.

Los ingratos aun conservaban los sombreros adornados con las cintas que ellas les habían dado!

Ante aquel espectáculo, las dos jóvenes cayeron como heridas de un rayo, y se cerraron sus ojos á un sueño eterno.

¡La historia desde aquel día en vano busca otro ejemplo de heroísmo amoroso que oponer al suyo!

## X.

### *Fin de la historia de las pastoras.*

En el cementerio de la aldea se erigió un modesto sepulcro á la memoria de Maravilla y Amapola.

Los amantes de las cercanías visitan con frecuencia esta tumba, en torno de la cual crecen amapolas y maravillas de unos colores mas suaves y delicados que las que ordinariamente conocemos. ¡Parece que estas sencillas flores, muestran la escesa delicadeza y sensibilidad que caracterizaba á las dos pastoras.

La abeja y la mariposa revolotean entre aquellas ramas, donde no osan llegar la mosca imprudente ni el tábano indiscreto á alterar con su zumbido el santo silencio del mausoleo.

El grillo y el salta-monte han fijado su morada entre el verde césped que le rodea, y en medio de la noche dejan oír sus ecos lastimeros.

Un ruiseñor, oculto en las ramas de un sauce vecino, saluda al asomar la aurora con su melodiosa armonía el sepulcro de las dos zagalas.

Siempre que el maestro de escuela pasa por delante del cementerio penetra en él, y corta algunas flores de la tumba de las dos víctimas.

—Hijos míos, dice á sus discípulos mostrándoles la maravilla y la amapola; esta significa delicadeza, esta otra consuelo.

Todos los habitantes de la aldea se inclinan ante la ciencia del domine, que tan bien conoce el lenguaje de las flores.

Para disculparse á los ojos de la posteridad de haber causado la muerte de aquellas pastoras tan interesantes, Lucas y Blas afirmaron bajo juramento, que habían creído consumadas las bodas de sus prometidas.

Cuentan que ambos pastores, cuando por casual-



lidad encontraban en su camino alguna de las flores conocidas con los mismos nombres que llevaban sus dos amadas, las contemplaban con dolor murmurando:

Ay, que tu vida  
flor desdichada  
solo un instante  
brilla fugaz... (1)

Atormentados por el dolor y los remordimientos, los dos zagales murieron.... cincuenta años despues que sus víctimas.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

CRISTÓBAL COLON.

Entre los acontecimientos mas notables de la historia de la humanidad ocupa uno de los primeros lugares el descubrimiento de un nuevo mundo.

La última mitad del siglo XV presencié sucesos tan importantes para la marcha y el adelanto del espíritu humano, que no sabe que admirarse mas, si la aglomeracion de grandes hechos, ó la influencia de cada uno de ellos de por sí en las sociedades modernas. La invencion de la imprenta, el renacimiento de las letras, la declinacion del poder papal, el aumento del poder real y representativo, la aurora, en fin, de la civilizacion moderna, son entre otros los acontecimientos que cierran con el siglo XV la impotencia y la vejez de la edad media.

Un nuevo y grandioso suceso debía abrir no solo nuevas fases al comercio y á la industria, sino despertar el espíritu emprendedor y la ambicion de reyes y de pueblos. Pero ni esta ambicion pudo saciarse desde el primer momento, ni el espíritu emprendedor llegó á su colmo hasta despues de haberse visto buenos resultados de lo que antes se tenía por fabuloso y quimérico.

Mientras en España adelantaba rápidamente la gloriosa obra de la reconquista, mientras por medio de enlaces recibia la península su unidad política alcanzada del todo con la conquista de Granada, la geografía era el alimento de los ánimos atrevidos y entusiastas para todo lo peligroso, lanzándose los marinos en busca de nuevos adelantos no menos que de países en donde pudiesen comerciar ventajosa-

mente. La aplicacion de la brújula aseguraba ya sus rutas, y las costas de Africa y de Grecia ofrecíanles numerosos y abundantes puntos de tráfico en toda clase de mercaderías y de géneros. Sin embargo, la imaginacion de gentes emprendedoras ansiaba un mas allá á sus cálculos y proyectos. La tradicion de la Atlántida, sacada de Platon, en que se habla de una isla fabulosa, enfrente de las columnas de Hércules, los oráculos de la musa antigua, que revelaban casi la existencia de un nuevo mundo, y las tradiciones de pobres pescadores, y aun de cantores populares, era como el murmullo precursor de un grande acontecimiento que debía influir de una manera grandiosa en el porvenir de la sociedad moderna. Para la realizacion del gran suceso preparaba ya, no obstante, la Providencia, el escogido que debía llevarlo á cabo con una fé inestinguible, y con una constancia y valor dignos de un héroe. Fermentaba en todas las cabezas la idea de nuevos descubrimientos; en Portugal, sobre todo, predominaba el afán de conocer todas las costas de Africa, y la juventud marina de todos los pueblos anhelaba tomar parte en grandes expediciones y en nuevos derroteros.

En una modesta familia de Génova nacia quien, como ya hemos dicho, debía abrir nuevas fases al comercio y á la industria, despertando la ambicion de reyes y de pueblos. Cristóbal Colon daba muestras en sus primeros años de una aficion extraordinaria á la cosmografía, ciencia que se hallaba entonces en la cuna como todas las ciencias, y esta aficion reunida á una especie de vocacion mística para las emociones misteriosas y sobrenaturales, le impelieron á abrazar á los catorce años la vida azarosa del marino. Sus estudios en la Universidad de Pavía no fueron al parecer muy profundos, pero no se le puede negar un génio grande y generoso, un carácter emprendedor, y cierto instinto profético que debía conducirle en la gloriosa carrera que emprendió muy en breve. Hállase velada sin embargo por la falta de noticias la primera parte de su vida. Sábese únicamente que en 1470 se establecia y casaba en Lisboa, en donde travó bien pronto amistad con otros marinos aventureros, que como la mayor parte buscaban sobre el Océano la fortuna y la honra de sus casas. Allí, uniendo á los estudios que formaban todo su delirio, las tradiciones misteriosas de la antigüedad, las especies sueltas recogidas de otros marinos encanecidos en la mar, sobre la posibilidad de existir en el Océano alguna isla ó tierra desconocida; fué donde Colon acabó de formarse la idea de un nuevo emisferio, diverso del que habian conocido los antiguos, y al cual creyó arribar con ayuda de la brújula y de varias cartas muy desacordadas que le facilitaron sus cálculos y las relaciones con algunos sábios cosmógrafos. Era un error, pues creyendo que navegando hácia el Oeste de las

(1) Carolina Coronado.



Canarias encontraría las Indias, pensaba Colon abrir un nuevo camino á la Europa para las riquezas del Oriente.

Decidido á llevar á cabo su grandioso proyecto, y seguro de que podía ofrecer un nuevo mundo al príncipe que le facilitara los medios necesarios para su empresa, dirigióse Colon en 1484 al monarca portugués D. Juan II. Escuchó este rey al nuevo aventurero, no con idea de servirle, sino de apoderarse de sus pensamientos, y efectivamente envió en secreto una nave hácia el Oeste de Cabo Verde, creyendo hallar, aunque en valde, las tierras que el marino genovés le prometía. Indignado Colon abandonó una corte en donde se le engañaba, y marchó á su patria, y luego á Venecia, ofreciendo á ambas su fé, su porvenir y su ciencia. Ambas rechazaron sus proposiciones. El carácter maquiavélico de estos pueblos, no les permitía atender á promesas nacidas del corazón, porque el *descubridor de mundos* no poseía otras seguridades del acierto que su propio entusiasmo. Necesitaba Colon quien con entusiasmo le comprendiera.

(Se continuará.)

FLORENCIO JANER.

## REVISTA DE MADRID.

Escribo para mis lectoras inamovibles, para aquellas que huyendo las luces por huir el sol se pasan el día en tinieblas y las noches en claro, porque solo ellas podrán comprender los sudores que cuesta el mes de Julio en la corte, aunque haya teatros de verano, y por regar se riegue hasta el vino.

Bienaventuradas las alegres niñas, bellezas peregrinas en todas las acepciones de este adjetivo, que hoy como las blancas gaviotas viven en la ribera del mar.

Menos venturosas las que aquí se quedan, aunque el Prado les brinde con amantes aventuras, y el Manzanares con baños dispuestos con tal arte, que hasta el agua suele ser artificial en ellos.

Es de ver cuando el día acaba la Cuesta de la Vega y la Puerta de San Vicente hervir en bañistas de á real, que entre una nube de polvo acuden á robar al río el agua que el sol le deja; y son de mirar frente á la fuente de Apolo cuando la noche empieza, las bellezas heroicas que en Madrid luchan denodadas con el Estío, desordenarse en filas á la luz del gas para ser revistas y pasar revista á los pretendientes de corazones que por allí cruzan.

Placer sencillo y barato, pues por la módica cantidad de ocho maravedís, cualquier abochornado mortal se puede pasar dos ó tres horas contemplando á sus semejantes.

No son estas, sin embargo, las únicas vistas que hoy Madrid ofrece. Frescas no las hay en ninguna parte, pero en cambio las hay muy tiernas algunas mañanas en el Retiro.

Muy dulces por la tarde en las confiterías.

Muy consoladoras á prima noche en los cafés.

Muy coreográficas mas tarde en el *Circo de Paul*, teatro veraniego, donde el público aplaude las piruetas jocosas (tambien hay géneros y estilos en el baile) de Mr. Flexmore.

Terminaron las vistas tauromáquicas, no muy á placer de los aficionados, pero en cambio los *dilectanti* sudan de gozo.

Anoche abrió sus puertas al público el coliseo de la Plazuela del Rey con la nueva compañía de zarzuela formada por los señores Oudrid y Tamayo, y en la cual figuran la simpática y aplaudida tiple señorita doña Amalia Ramidez, el barítono don Tirso Obregon, del cual se hacen grandes elogios, la señorita Rivas y los señores Becerra y Fernandez.

La empresa cuenta ya con varias obras nuevas, de las cuales acaso sea la primera en el orden de representación la titulada *Diez minutos de reinado*, original del señor Pastorido, y puesta en música por el señor Lahoz (D. Florencio.)

Los demas teatros preparan sus repertorios y sus cuadros escénicos para Setiembre próximo, y se habla mucho y bueno acerca de la compañía que ha de funcionar en el nuevo teatro de *Novedades*, construido con la mayor elegancia y comodidad en la Plazuela de la Cebada.

A consecuencia de los fogosos argumentos aducidos por el sol con la mas ardiente lógica, se han suprimido en Madrid los bailes caseros.

Esta candente argumentacion obliga á los infatigables alumnos de Talía á hacer una ó mas expediciones semanales á Pozuelo y los Carabanchales, para sudar su afición en los agradables *soirés*, semi-campestres, que tienen lugar en estos sitios. Especie de alegres veladas de buena sociedad, tan llenas de atractivos como de prosélitos.

Esta misma actividad ha hecho tambien entrar en calor á la *Sociedad protectora de las Bellas Artes*, y ha trasladado sus cuadros de la Plazuela de Celenque á los espaciosos salones de los Basillios.

Y en verdad que el brillante estado en que esta asociación de artistas se encuentra, merece un examen mas estenso, para el cual me aplazo á mí mismo.

Ahora bien, de todo lo espuesto se deduce, que sin estar enamorados de Julio nos derretimos en su presencia como si fuéramos sus amantes.



Hombre hay que va todas las noches á la fuente de las *Cuatro Estaciones*, por ver si encuentra la primavera.

De mí sé decir, que el invierno ha llegado ya á parecerme inverosímil, y el oír tocar á fuego muy natural, pues si el termómetro sigue en progresion ascendente, debe arder el universo.

Sin embargo, bien dice el proverbio, no hay mal que por bien no venga.

Esta estacion, que tantos sudores cuesta, acaso me proporcione el medio de que mis discretas lectoras no se aburran con la lectura de esta revista.

Si al repartir los números del *Album* les da el sol, de seguro se convierten en ceniza.

—¿Por qué no se crea una compañía de seguros contra incendios, aplicada á la literatura?

—Por no apagar el ardor literario, y porque las letras como el Manzanares solo viven en invierno.

J. A. VIEDMA.

## MODAS.

La Moda á quien críticos severos no quieren conceder mas atribuciones que sobre cintas y bagatelas, ejerce sin embargo un poder infinito en los círculos de los favorecidos de la fortuna, de las niñas mimadas del lujo y de la elegancia, para quiénes el vivir es gozar.

Estas, que traen la animacion y la vida á las grandes poblaciones en los meses de invierno, convierten en verano á Madrid en un desierto, y llevan en torno de sí los gozes y los placeres á las playas y los campos.

La vida campestre tiene infinitos encantos que se renuevan á cada paso, porque la naturaleza es sin disputa la mayor de las coquetas, y cambia de fisonomía á cada instante: por la mañana se levanta fresca y risueña como la aurora, para convertirse, si así le place, en triste y oscura por la tarde, y como hay que conformarse con sus caprichos, es indispensable vestir segun el color del tiempo.

La vida del campo es mas animada que la de la ciudad, y tiene por consiguiente mas exigencias.

Para paseo á caballo se llevan graciosas amazonas de tela cruda, guarnecidas de cinta blanca. Estos trajes tienen chaqueta de aldeta muy larga, y la precision de su corte, que queda como modelado sobre la falda, es su mejor adorno.

En estas escursiones están muy bien admitidos los vestidos de mahon de la India, festoneados de

blanco, y son mas distinguidos todavia los de fular crudo, bordados ó festoneados de seda verde ó encarnada. Este género de trajes conservan la aldeta, que lleva los mismos adornos que los volantes ó las caidas de la falda.

Algunos trajes de barés se guarnecen de terciopelo, cuyo adorno nos parece pesado: nosotros preferiríamos un flequillo ó felpilla: su corte es de cuerpo redondo con cinturon de seda.

Los de muselina estampada, que son los destinados para paseo, son de dibujo floreado sobre fondo claro: su cuerpo, redondo y escotado, va cubierto de un gracioso fichú.

No es esto decir que los trajes de seda están desterrados de los soarés campestres. Tenemos á la vista un modelo, cuyo vestido de tafetan gris lleva en su falda anchas caidas de grós azul celeste: el cuerpo redondo y escotado, tiene iguales adornos en las mangas, y cinturon tambien azul con cabos flotantes. Sobre él se pone una manteleta á la Dubarry, de muselina blanca lisa, que termina con tres volantes de la misma, guarnecidos de encaje. El sombrero es de paja de arroz, de ala redonda, que forma un poco de punta por delante.

Otro traje de alguna novedad es de grós negro, de doble falda: la de abajo es lisa, y la superior tiene ondas muy anchas guarnecidas de un escarolado de cinta morada: igual adorno llevan las mangas, y la berta del cuerpo, que es alto y cerrado.

AURORA PEREZ MIRON.

## ADVERTENCIA.

Con este número repartimos á nuestras suscriptoras la lindísima lámina de las **FLORES ANIMADAS**, que contiene: La *amapola* y la *maravilla*, la *azucena*, el *pensamiento*, la *rosa*, el *tulipan*, y la *violeta*.



EDITOR.—F. J. Peña.

MADRID: 1857.—Imp. de M. Campo-Redondo.—Huertas, 42.